



FÉLIX DELGADO LÓPEZ y FERNANDO BRUQUETAS DE CASTRO (coords.): *Teguise y su historia. Siglos XV-XXI*, Gran Canaria, Editorial Genealógica Canaria, 2025.

Fue una colega de la Escuela Universitaria de Turismo de Lanzarote quien, conociendo mi dedicación a la asignatura Turismo y Desarrollo Sostenible y mi línea de investigación sobre valor añadido territorial, me recomendó *Teguise y su historia. Siglos XV-XXI*, obra de Fernando Bruquetas de Castro, José Curbelo Sánchez y Manuel Lobo Cabrera. Félix Delgado López, coordinador del volumen junto a Fernando Bruquetas de Castro y vinculado laboralmente con los archivos y el patrimonio documental del Ayuntamiento de Teguise —municipio al que pertenece la Escuela Universitaria— ejerce además como profesor tutor de historia en el Centro Asociado de la UNED en Lanzarote, institución donde yo también imparto clases de marketing turístico.

El título, *Teguise y su historia. Siglos XV-XXI*, enuncia con sobriedad lo que en realidad es una empresa historiográfica de notable alcance. El libro, de formato contenido (21×15 cm) y 179 páginas, no deja traslucir desde su portada la densidad de sus contenidos. Basta leer la contraportada para intuir que estamos ante algo más que una monografía local: una obra rigurosa, construida sobre fuentes primarias, que recorre la trayectoria de la antigua capital insular desde el siglo XV hasta la irrupción del turismo de masas en nuestros días. La pregunta que me formulé al abrirlo fue inevitable: ¿puede condensarse en tan pocas páginas el relato histórico, geográfico y social de una villa que fue durante siglos el centro político, económico y cultural de Lanzarote, atravesada por erupciones volcánicas, invasiones corsarias, ciclos agrarios y transformaciones demográficas de enorme calado? La respuesta, tras su lectura, es que sí, aunque con matices.

La obra se articula en tres capítulos, cada uno a cargo de uno de los autores, lo que confiere al conjunto una personalidad propia en cada período tratado.

Siglos XV y XVI, a cargo de Manuel Lobo Cabrera, natural de Gran Canaria y reconocido como una de las figuras más relevantes de la historiografía canaria, ofrece en poco más de treinta páginas un recorrido notable por los orígenes de

Teguisse. A pesar de la escasez de fuentes —en parte derivada de los reiterados ataques corsarios berberiscos de la segunda mitad del siglo XVI, que destruyeron archivos y registros— Lobo Cabrera traza con solvencia la fundación de la villa, su trama urbana y el papel de sus primeros señores, desde Bethencourt hasta Argote de Molina, curtido militar que brilló como genealogista e historiador en la corte renacentista de Felipe II. La villa era, como subraya el autor, el lugar donde los señores ejercían justicia, ostentaban el mando militar, nombraban oficiales, concedían mercedes de tierras y detentaban monopolios sobre el ámbar, las orchillas y las salinas, además de percibir el derecho de quintos sobre las explotaciones (pág. 42). El texto aborda igualmente la institución del Cabildo, el crecimiento demográfico condicionado por el poblamiento disperso en aldeas y zonas aisladas —reflejo tanto de la geografía insular como del régimen fiscal y político de la época— y la heterogénea composición social de la isla: indígenas guanches, conquistadores castellanos, colonos andaluces y normandos, portugueses, esclavos berberiscos y población negra. Al modo en que las *Relaciones Topográficas de Felipe II* (1575-1578) permiten conocer los territorios de Castilla, la primera referencia demográfica fiable de Lanzarote data de 1572, según informe remitido a la corte filipina, que cifra en 350 vecinos —unidades familiares— lo que equivale a unos 1.575 habitantes la población de la isla, de los cuales prácticamente la mitad residían en Teguisse.

La sociedad de la isla descansaba sobre la agricultura y la ganadería, con un tejido artesanal y mercantil en la villa formado por herreros, carpinteros, panaderos, zapateros, tenderos y comerciantes locales, de la Península o extranjeros, que intercambiaban telas, aceite de oliva o vino —artículos deficitarios en la isla— por cereales y ganado, principalmente caprino. La esclavitud, presente en el archipiélago como en otros territorios atlánticos, formaba parte del entramado social: muchos hogares contaban con algún esclavo, ya comprado o nacido en la propia casa. La economía cerealística y ganadera vertebraba las exportaciones desde el puerto de Arrecife hacia otras islas como Gran Canaria o La Palma y territorios portugueses y de ultramar. Merece mención aparte la introducción del camello en Lanzarote, atribuida por Viera y Clavijo a Bethencourt en el siglo XV: animal de trabajo esencial en las faenas agrícolas, que incluso participó en las tareas de vendimia en épocas posteriores. El capítulo concluye con el comercio interno de la villa, cerrando un cuadro que anticipa el proceso por el cual la necesidad de autoabastecerse de vino acabaría convirtiendo a Lanzarote en un territorio vitivinícola de vocación propia, impulsado paradójicamente por una catástrofe natural.

Siglos XVII y XVIII, escrito por el catedrático de Historia Moderna Fernando Bruquetas de Castro, nacido en los antiguos territorios de soberanía española del Sáhara Occidental, arranca con el gobierno de la marquesa viuda y el censo de 1605, que revela un leve descenso poblacional fruto de la inseguridad endémica de vivir en una isla expuesta a incursiones exteriores. Sin embargo, la llegada de

pobladores procedentes de las Azores, Madeira, otras islas canarias y del norte de África revirtió esa tendencia: hacia 1630 la población rondaba los 2.500 habitantes, y el crecimiento continuó paulatinamente a lo largo del siglo. El capítulo se enriquece con planos de la villa del siglo XVII de notable valor documental. La comunidad morisca, como ocurriera en Castilla, fue integrándose progresivamente en la sociedad local hasta conformar una identidad propia. Felipe II, en 1588, accedió parcialmente a las peticiones del marqués de Lanzarote de expulsar a los moriscos, pero la medida no se extendió a las islas. El último intento se produjo en 1609, sin que tampoco prosperara, quedando los moriscos canarios exceptuados del decreto general de expulsión.

La incursión de la armada turca en 1618 constituye uno de los episodios más devastadores de la historia insular: durante casi un mes, los asaltantes ocuparon Lanzarote, destruyeron documentos de valor incalculable y se llevaron a la mitad de la población como rehenes; aunque el almirante Vidazabal logró liberar a unos doscientos lanzaroteños en el Estrecho de Gibraltar, cerca de seiscientos permanecieron cautivos en Argel, obligando a sus familias a vender todas sus posesiones para costear el rescate. La reconstrucción posterior se articuló en torno a la redención de cautivos y la integración de moriscos como ciudadanos de pleno derecho mediante cédula real de Felipe III, mientras que en el plano material los esfuerzos se concentraron en restaurar el castillo de Guanapay —conocido también como Castillo de Santa Bárbara y emplazado en el borde del volcán homónimo— con materiales llegados por el puerto de Arrecife. Pese a la fragilidad estructural que imponía una economía de base agrícola, sometida a las variaciones de las cosechas y a los continuos ataques exteriores que fortalezas como el castillo de San Gabriel trataban de repeler, las exportaciones de cereal, ganado y sus derivados —lana, cueros, quesos y gofio— permitieron estabilizar las finanzas insulares y sostener la recuperación de la isla.

A diferencia de otros territorios volcánicos, como el Campo de Calatrava —cuyas manifestaciones más recientes se remontan a unos 5.000 años—, las erupciones de Lanzarote entre 1730 y 1736 ofrecen la posibilidad de analizar con mayor detalle cómo los desastres naturales pueden transformar de manera drástica las estructuras económicas y sociales de una comunidad. Las erupciones del Timanfaya supusieron un punto de quiebre tanto demográfico como agrícola: en un primer momento, el pánico desencadenó un éxodo masivo de la población hacia otras islas y territorios; con el tiempo, la destrucción progresiva de los campos de cultivo agravó aún más la situación. Una vez concluidas las erupciones, la recuperación fue lenta y estuvo salpicada de retrocesos, especialmente en los años de sequía. La condición insular de Lanzarote añadía una dimensión adicional a la precariedad: en épocas de escasez, la falta de agua no solo amenazaba la producción agrícola, sino que comprometía la subsistencia misma de sus habitantes, obligados en ocasiones a abandonar temporalmente la isla en busca de alimento. A diferencia de otras islas

cuya orografía favorece la acumulación de recursos hídricos, Lanzarote carecía de esa ventaja natural.

La capacidad de recuperación de la isla frente a esta catástrofe se ha convertido, con el tiempo, en un rasgo definitorio de su identidad colectiva. Las erupciones reconfiguraron el paisaje y las posibilidades agrícolas del territorio, pero también abrieron nuevas vías de desarrollo. Paulatinamente se fue restaurando el cultivo de cereales y la cría de ganado, al tiempo que el vino y el aguardiente emergían como productos destinados tanto al consumo interno como a la exportación, convirtiéndose en un recurso capaz de paliar las recurrentes crisis que afectaban a la villa y al conjunto de la isla.

El tercer capítulo, titulado Siglos XIX y XX y redactado por el mayorero José Curbelo Sánchez —perteneciente a una generación posterior a la de sus coautores—, arranca con la implantación del Nuevo Régimen en un contexto de profunda reestructuración político-administrativa. El Real Decreto de 1835 suprimió los antiguos cabildos o municipios-isla para dar paso a los ayuntamientos modernos, siguiendo el modelo que ya se había impuesto en el resto de España. Lanzarote se reorganizó en ocho municipios, número que se reduciría a siete en la década de 1950 con la fusión de Femés y Yaiza. Con todo, la Villa de Teguise, que hasta entonces había sido la sede del cabildo insular, mantuvo durante buena parte del siglo XIX una notable continuidad con las formas y estructuras del Antiguo Régimen, cuya influencia se prolongó hasta épocas relativamente recientes.

En este período, la economía de la isla seguía girando en torno a la agricultura, un sector especialmente expuesto a la volatilidad climática y a las fluctuaciones de la demanda exterior. A lo largo de su historia, Lanzarote fue adaptando sus cultivos a las condiciones del mercado y del territorio: los cereales, el aguardiente y la cochinilla encontraron en su geografía y climatología un entorno propicio, mientras que otros cultivos propios de islas más húmedas —como la caña de azúcar o el plátano— nunca llegaron a arraigar con la misma fuerza. El vino, en cambio, sí ha representado una constante, gracias a la extraordinaria adaptabilidad de la vid a entornos geográficos muy distintos.

La sociedad lanzaroteña de la época presentaba altas tasas tanto de natalidad como de mortalidad, y estaba compuesta mayoritariamente por pequeños propietarios, campesinos sin tierra y jornaleros que, según el autor, sobrevivían en condiciones próximas al feudalismo. En ese contexto comenzaba a perfilarse una incipiente clase media integrada por artesanos, funcionarios y agricultores de mediana escala. En la segunda mitad del siglo XIX, Teguise fue perdiendo peso demográfico en favor de Arrecife, cuyo puerto se consolidaba como el principal centro de actividad económica de la isla, culminando en 1847 con el traslado de la capitalidad insular. Ya en el siglo XX, los excedentes de población de Arrecife impulsaron una corriente emigratoria con destinos preferentes a Gran Canaria en la

década de 1920 y distintos países de América, donde la demanda de mano de obra en plantaciones resultaba un atractivo poderoso.

Los conflictos bélicos de alcance internacional y nacional dejaron también su huella en la economía insular. Mientras Tegui se resistía apoyándose en una agricultura de subsistencia, otras zonas de Lanzarote se beneficiaron del auge de la pesca, las industrias auxiliares y las salinas. Cabe señalar que, en aquella época, se registraron prácticas fraudulentas en la exportación de productos, como la adulteración de harinas con tierra o piedra, lo que generó quejas en los mercados extranjeros y erosionó la confianza de los compradores. Se trata de episodios que contrastan con la situación actual: el vino lanzaroteño se encuentra hoy entre los más valorados de España, con una demanda y unos precios en crecimiento sostenido. La puesta en valor del territorio, entendida como una triada de valor añadido —producción, identidad y paisaje—, se presenta como una oportunidad real para revitalizar economías agrarias en declive y, al mismo tiempo, diversificar una oferta turística que tiende cada vez más hacia la masificación.

En los años ochenta, Tegui y otros enclaves de la isla vivieron un nuevo auge demográfico por la expansión del turismo. Aquel fenómeno marcó el tránsito de una economía fundamentalmente agraria a otra orientada al turismo global, transformando una isla que había sido granero en un destino receptor de visitantes a escala internacional.

En definitiva, *Tegui y su historia. Siglos XV-XXI* es una obra construida con rigor académico, apoyada en fuentes primarias y en una bibliografía cuidada, y redactada con una claridad que la hace accesible sin renunciar a la profundidad analítica. Su estructura en tres bloques cronológicos, cada uno con voz propia, permite al lector apreciar tanto la continuidad como las rupturas que marcan más de seis siglos de historia insular. Para quienes investigamos o impartimos docencia en ámbitos como el turismo, el desarrollo territorial sostenible o la historia económica, este volumen resulta especialmente valioso: los procesos que describe —reconversión productiva tras un desastre natural, tensiones entre centralización administrativa e identidad local, construcción de un patrimonio diferenciador como activo económico— son extrapolables a otros territorios y ofrecen una perspectiva histórica imprescindible para interpretar el presente. Recomendando su lectura a estudiantes y docentes universitarios, pero también a todos aquellos que deseen comprender de qué está hecha Lanzarote por dentro.

Rogelio Jorge-Martín 

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
rogelio.jorge@ulpgc.es